

aliados; era, no bajar, sino caer de la inmensa altura á que se había subido.

Así no había que esperar que Napoleón abrazase este partido sino en el último extremo, y no sólo por orgullo repugnaba un movimiento retrógrado á este grande hombre, sino también por el sentimiento profundo de su situación presente, pues bastaba una duda inspirada al mundo sobre la realidad de sus fuerzas, para que se viniera abajo todo el edificio de su grandeza de un solo golpe. Ya al parecer había detenido Torres Vedras su pujanza en el Mediodía; pero podía explicarse de algún modo por su ausencia, y por la presencia en Portugal de uno de sus lugartenientes que, por grande que fuera, no se le acercaba ni con mucho. Pero si encontraba en el Norte, donde mandaba por sí propio y á la cabeza de sus ejércitos principales, un obstáculo nuevo, forzadamente se le había de considerar detenido de una manera definitiva en el curso de sus victorias; se iba á concebir la esperanza de vencerle, y una sola esperanza restituída á la Europa esclava podía sublevarla toda á sus espaldas y sumergir al nuevo Faraón en las olas de una insurrección europea.

Razón asistía, pues, á Napoleón para ocuparse gravemente acerca del modo con que abandonaría á Moscú, y para no querer salir de allí sino en la actitud de un enemigo que maniobra, y no en la de un enemigo que se pronuncia en retirada. Con esta mira se ofrecían varios arbitrios. Por ejemplo, la vuelta sobre el camino de Kalouga, donde se hallarían todos los recursos de las opulentas provincias del Mediodía, donde se batiría al ejército ruso, y desde donde se podía finalmente retornar por Jelnia á Esmolensko, se debía asemejar lo mismo á una maniobra que á una retirada. Pero esta marcha, que sería substancialmente un movimiento retrógrado, por mucho que se cuidara de disimularlo porque sería imposible invernar en Kalouga, á causa de la distancia entre esta ciudad y Esmolensko, nos condenaría á una travesía de ciento cincuenta leguas por lo menos y á todas las pérdidas consiguientes: sin duda nos proporcionaría la ventaja de encontrar y batir al ejército ruso, pero obligándonos á llevar cinco ó seis mil heridos, á no ser que se les entregara á la exasperación de los contrarios, y aún aproximándonos á nuestros cuarteles, también aproximaría á los rusos á sus provincias más opulentas, y sobre todo á los refuerzos que les llegaban de Turquía. Así Napoleón se inclinaba á esta operación muy poco, y de emprender la retirada, prefería lisa y llanamente desandar el camino, ya conocido por nosotros, de Mojaisk, Viasma, Dorogobouga y Esmolensko, cincuenta leguas más corto que el de Kalouga, arruinado sin duda, mas por el cual podían salirnos al encuentro los convoyes de víveres sacados de Esmolensko á medio camino, por el cual debíamos llevar además víveres sacados de Moscú para diez días, y protegeríamos finalmente todas nuestras evacuaciones con nuestra sola presencia, y estaríamos poco expuestos á dar batalla y á cargarnos de nuevos heridos.

Pero á Napoleón no convenía ninguno de estos dos proyectos, pues con ambos renunciaba evidentemente á la ofensiva. El único plan bueno á sus ojos era el que juntara las cuatro condiciones siguientes: primera, colocarle en comunicaciones directas y cotidianas con París; segunda, aproximar el ejército á sus recursos en víveres,

equipo y reclutas; tercera, conservar entero el prestigio de nuestras armas; cuarta, en fin, apoyar fuertemente las negociaciones de paz recién ensayadas. Estas cuatro condiciones hallólas en un plan concebido por su genio inagotable, y muy excitado á la faz del peligro, y digno de lo más profundo y más grande que había imaginado nunca. Semejante plan consistía en una retirada hacia el Norte que, combinándose con un movimiento ofensivo del duque de Bellune sobre San Petersburgo, tendría la ventaja de aproximarnos á Polonia, presentándonos también más amenazadores que nunca y poderosos para negociar de consiguiente. Véase el pormenor de este plan que Napoleón quiso redactar, y redactó en efecto, como tenía costumbre de hacer siempre que aspiraba á darse razón de sus propias ideas.

Según se ha visto, Napoleón se había proporcionado, además del ejército del príncipe de Schwartzenberg, junto al Dnieper, y del ejército de los mariscales Saint-Cyr y Macdonald, junto al Dwina, el cuerpo del duque de Bellune en el centro, el cual aguardaba en Esmolensko órdenes ulteriores. Fuerte el cuerpo de este mariscal de treinta mil hombres, podía ascender á cuarenta mil por la reunión de parte de las tropas westfalianas, sajonas y polacas, que aún no habían tenido tiempo de incorporarse, y de los batallones de marcha destinados á cubrir las bajas del ejército. Fácil era trasladarse al Norte de Dwina, sobre el camino de San Petersburgo, por Vitebsk y Veliki-Luki. Reunido allí al mariscal Saint-Cyr y á una división del mariscal Macdonald, podía reunir setenta mil hombres, prontos á dirigirse sobre la segunda capital de Rusia, sede actual del gobierno. Delante de este cuerpo el príncipe Wittgenstein no tuviera cosa mejor que hacer que retirarse prontamente sobre San Petersburgo. Al instante que el duque de Bellune comenzara su movimiento, Napoleón con la guardia, el príncipe Eugenio y el mariscal Davout podían retirarse oblicuamente al Norte en dirección de Veliki-Luki, marchando paralelamente al camino de Esmolensko y á una distancia de doce ó quince leguas por Woskresensk, Wolokolamsk, Zubkow y Bieloi, mientras el mariscal Ney, siguiendo con su cuerpo el camino recto de Moscú á Esmolensko, cubriría todas nuestras evacuaciones, y mientras Murat, ocultándose á la vista de Kutusoff por un movimiento sobre su derecha, se trasladaría á Mojaisk y llegaría con el mariscal Ney á establecerse entre Esmolensko y Vitebsk. Después de diez ó doce días de esta marcha tan profundamente combinada, el ejército se hallaría situado de este modo: el duque de Bellune, con setenta mil hombres, en Veliki-Luki, amenazando á San Petersburgo; Napoleón, con otros setenta mil, en Velij, pronto á apoyarle ó á reunirse con los treinta mil hombres de Murat y Ney para hacer frente á Kutusoff por cualquier camino que viniera á buscarnos. Según todas las probabilidades, se debía hacer esta travesía sin que el enemigo nos diera alcance, sin que nos siguiera la pista, sin perder todo lo que se pierde cuando un ejército es perseguido de cerca, sin escaseces, porque el camino de Woskresensk, Wolokolamsk y Bieloi, que Napoleón se proponía tomar, era nuevo del todo, y por consiguiente muy bien provisionado, y Ney y Murat por el camino de Esmolensko, que era el nuestro, podían sin trabajo llevar víveres para treinta mil hombres. Además atraeríamos á los ru-

sos en sentido inverso de sus refuerzos, lo cual les pondría á perder la mitad de ellos por darnos alcance, y aún retirándonos á Polonia, tomaríamos una posición ofensiva como se necesitaba para la paz: de esta suerte, sin perder ni moral ni físicamente nada, saldríamos del mal paso de Moscú por medio de una marcha de las más atrevidas y de las más bellas que jamás se han ejecutado. Respecto del invierno todo anunciaba que sería fácil en estas condiciones. Estando reunidos nuestros almacenes en Wilna, con el auxilio de los trineos, tan cómodos en invierno, podían ser acarreados pronto á Polotsk y á Vitebsk, de donde sacarían sus víveres las tropas. No teniendo que cruzar la inmensa cantidad de bueyes reunida en Grodno más que un país amigo, llegaría á Vitebsk sin dificultad alguna. Después, cuando asomara la primavera, habiendo empleado Napoleón el invierno en allegar nuevas fuerzas, estaría en aptitud de marchar con trescientos mil hombres sobre San Petersburgo. Probable era que ante la simple amenaza de tal paso se firmara la paz, si no éramos muy exigentes en las condiciones, y que en todo caso ocupáramos á San Petersburgo, como habíamos ocupado á Moscú, sin hallar aquella capital incendiada, porque allí no se empleaba tanta madera como en Moscú para las construcciones, y porque los rusos no harían dos veces un sacrificio de tanta monta, y, finalmente, porque allí no era tan fogoso el patriotismo moscovita.

De consiguiente este plan reunía todas las condiciones que Napoleón se había propuesto: restablecer las comunicaciones cotidianas con el centro de su imperio, trasladar el ejército hacia Polonia, conservar el prestigio de sus armas y apoyar con un movimiento formalmente ofensivo las negociaciones pacíficas, cuya iniciación tenía en proyecto. Jamás había imaginado su genio un plan más hábil, profundo y admirable. Concebido en los últimos días de septiembre, resuelto y redactado (1) en los tres primeros días de octubre, podía estar del todo ejecutado á las dos semanas si se partía inmediatamente, por cuya época era aún el tiempo hermoso, y efectivamente estuvo soberbio.

(1) Este proyecto se halla referido, bien que enteramente desfigurado, en la relación de Mr. Fain (manuscrito de 1812). Está atribuido á una fecha que no puede ser exacta, pues Mr. Fain lo supone concebido y resuelto por el emperador cuando se hallaba en el palacio de Petrowskoie, donde estuvo durante el incendio de Moscú, del 16 al 19 de septiembre. Ahora bien: existe en los archivos y en la correspondencia de Napoleón una exposición de este plan, dividido en títulos y artículos como un proyecto de ley, y comprensivo del dictamen de Napoleón sobre el estado de la guerra de Rusia y sobre los mejores medios de terminarla. Este documento, uno de los más importantes de la campaña y de los más gloriosos para el genio de Napoleón, tiene la fecha de octubre, sin designación de día. No pudo, pues, ser resuelto en el palacio de Petrowskoie, abandonado por Napoleón el 19 de septiembre. Además todo induce á creer, según las circunstancias indicadas en la exposición misma, que el plan se refiere á los dos ó tres primeros días de octubre, y de ningún modo al 16, 17 ó 18 de septiembre. Evidentemente este plan fué redactado para comunicarlo á los lugartenientes de Napoleón, y no debió abandonarse sino después de consultarlo con ellos. Concebido fué verosíblemente en los últimos días de septiembre y puesto por escrito del 1 al 3 de octubre. En el orden de las ideas que en la mente de Napoleón debieron sucederse, no se puede atribuir ni anterior ni posterior fecha. Fain sólo debió conservar memoria de este traslado, y de cierto no lo tuvo á la vista al escribir su obra, pues de otro modo le añadiera á las piezas justificativas, donde ha insertado cuanto de la correspondencia de Napoleón poseía. (N. del A.)

Todo se prestaba, pues, á maravilla á la ejecución del nuevo plan, que era como una inspiración venida de arriba á Napoleón para salvarle. Pero destinado estaba á fracasar todo lo mejor que le ocurría, por el mismo vicio de la situación que se había creado, aventurándose á tal distancia. Habiendo pedido ya tanto á sus lugartenientes y á sus soldados, habiéndoles llevado tan lejos, y no teniendo que ofrecerles en Moscú más que ruinas, obligado estaba á contemplarlos sobremanera, á consultarlos más que de ordinario, á procurar atraerlos á sus planes en vez de mandar imperiosa y concisamente, según lo había hecho en todas las épocas de su carrera, en que cada día producía un resultado portentoso y acrecentaba su ascendiente. Ahora en el ejército empezaba á reinar, además de un inmenso cansancio, una tristeza profunda, que nacía de la sola vista de aquella ciudad hecha cenizas, y del secreto espanto que se experimentaba al pensar en lo largo de la vuelta y del terrible invierno de Rusia, que distaba un mes á lo sumo. A espíritus dispuestos de tal modo se necesitaba hablar, no en tono de amo imperioso, que manda sin explicaciones porque el buen éxito cotidiano basta á explicarlo todo, sino como señor dulce, casi cariñoso, que consulta y persuade más bien que ordena. Napoleón habló, pues, de su proyecto á sus lugartenientes uno tras otro; mas apenas expuso las primeras palabras, todos clamaron contra una nueva correría al Norte, contra una nueva conquista de capital. Harto mal había salido el movimiento sobre Moscú, al cual se habían sacrificado todas las consideraciones de prudencia con la esperanza de un gran resultado, para que hubiera tentación de empezar de nuevo, comprometiéndose á mayor distancia, y siendo ya la estación más avanzada, en una marcha sobre San Petersburgo.

No se trataba, pues, de ir á reconquistar la segunda capital de Rusia, sino de retroceder oblicuamente sobre Polonia y de situarse, á título de apoyo, detrás de un cuerpo no destinado tampoco á trasladarse á San Petersburgo, sino amenazarle, cosa que era muy diferente y que ha dado margen después á la falsa versión de un proyecto de ir desde Moscú á San Petersburgo, proyecto atribuido á Napoleón por aquel tiempo.

Esencialísima era la diferencia; pero los ánimos, inquietos y desalentados, no se paraban en estas distinciones. Unos alegaban la maleza, los pantanos, la esterilidad de las provincias del Norte, que se trataba de cruzar; otros hacían valer, con harta razón por desgracia, el estado del ejército, la consunción de la caballería, la ruina de los carros de la artillería, la indispensable necesidad de dar descanso á los hombres y á los caballos, á fin de que pudiesen volver á andar el largo camino que nos separaba de Esmolensko, la urgencia asimismo de retirarse antes de la mala estación y de entablar entretanto algunas negociaciones que pudiesen conducir á la paz, medio siempre el más positivo de salir sanos y salvos del apuro en que estaban puestos.

Mas luego echó de ver Napoleón que á la sazón nada se podía pedir á espíritus decaídos y espantados por el espectáculo que tenían ante los ojos, y sobre todo, prestóse á desistir de su proyecto por el estado de las tropas, que exigía imperiosamente algún descanso. Obligado á abandonar, ó á aplazar por lo menos, el único plan capaz de sacarle de apuros, dejó flotar su mente

entre varios que tuvo por inadmisibles al principio, como el de establecerse é invemar en Moscou é ir á fijarse de seguida á la rica provincia de Kalouga, desde donde tendería su mano izquierda sobre Toula y su derecha sobre Esmolensko. Pero contra todos estos proyectos había grandes objeciones, y su dificultad le volvía á traer de continuo hacia el deseo de aquella paz tan locamente sacrificada á sus pretensiones de dominación universal, y que, vencedor y todo, ansiaba ahora tan vehementemente como jamás pudo anhelarla ningún vencido.

En sus continuas perplejidades imaginó enviar á Mr. de Caulaincourt á San Petersburgo, á fin de entablar francamente una negociación con el emperador Alejandro. Cualesquiera que fuesen sus apuros, su actitud de vencedor, tratando desde Moscou mismo, tenía sobrada grandeza para aventurar este paso. Pero Mr. de Caulaincourt, temeroso de que bajo esta grandeza aparente se trasluciera lo difícil de la situación, temeroso asimismo de no hallar en San Petersburgo el favor de que gozó allí en otro tiempo, rehusó el encargo, afirmando además, y con fundamento, que no quedaría airoso. Entonces, dirigiéndose Napoleón á Mr. de Lauristón, cuyo modesto buen sentido había desdenado con exceso, encargóle que se dirigiera al campo del general Kutusoff, no para ofrecer allí la paz, sino para ir á explicar al generalísimo ruso el deseo de dar á la guerra un carácter menos feroz. Por texto debía tomar el general Lauristón el incendio de Moscou, y decir que, acostumbrados los franceses á tratar bien á las poblaciones vencidas, á ahorrarlas inútiles daños, tenían contristado el corazón de no hallar dondequiera más que ciudades consumidas por el incendio, poblaciones desoladas, heridos expirantes entre las llamas, y que era cruel para la humanidad, funesto para el honor de todos, y particularmente pernicioso para la prosperidad de la Rusia, el continuar semejante género de guerra; que, si daba tal paso, no era porque semejante género de guerra hubiese embarazado á los franceses, pues hasta entonces no se había logrado impedirles que vivieran, y lo testificaba la abundancia de que gozaban sobre las humeantes ruinas de Moscou, sino porque veían con sentimiento que se imprimiera á una guerra esencialmente política, fácil de terminar por un tratado, un carácter sublevador de barbarie y de irreconciliable odio.

De tales insinuaciones á palabras de paz la distancia era corta, y se estaba en una pendiente que por necesidad había de conducir con rapidez á este punto. Si se le oía, Mr. de Lauristón estaba encargado de avanzar más, pues debía decir que en el último altercado había más de mala inteligencia que de verdaderas causas de enemistades, sobre todo de enemistades implacables, y que los enemigos de ambos países eran los que se habían interpuesto entre los dos soberanos para malquistarlos en provecho de la Inglaterra. Debía insinuar que la paz sería fácil y que sus condiciones nada tendrían de rigurosas. Por último, debía poner todo el esmero en alcanzar cuando menos un armisticio transitorio, que ahorrara la efusión de sangre, efusión inútil al presente, puesto que ni uno ni otro ejército estaban dispuestos, al parecer, á intentar cosa seria. Verdaderamente, para descender á tales pasos, vencedor y todo, valiera más no comenzar tan fatal guerra, y se puede afirmar que en este momento estaba muy vengado Mr. de Lauristón

de la poca acogida que sus consejos alcanzaron en París seis meses antes. Pero para un buen ciudadano es una desdicha más la venganza que surge de los infortunios de su patria.

Mr. de Lauristón partió el 4 de octubre, haciendo que le precediera un billete dirigido al general Kutusoff, anunciándole su deseo de una entrevista directa con el jefe del ejército ruso. Al campo enemigo llegó el mismo día. Rodeado el prudente Kutusoff de los parciales más exaltados de la guerra, y con especialidad de los agentes ingleses, idos allí para vigilarle, tuteó al pronto en recibir personalmente á Mr. de Lauristón, por el temor de verse comprometido y llamado traidor, como Barclay de Tolly. De consiguiente envió al cuartel de Benningsen al príncipe Wolkonsky, ayudante de campo del emperador Alejandro, para que recibiera á Mr. de Lauristón y le hablara. Ofendido éste de tal conducta, negóse á la entrevista con el príncipe Wolkonsky y volvió al cuartel general de Murat, diciendo que no pensaba tratar más que con el generalísimo en persona. Esta repentina ruptura de relaciones apenas comenzadas inquietó, á pesar de todo, al estado mayor. Si en las filas inferiores del ejército era siempre ardorosa la pasión contra los franceses, en las más elevadas empezaban á dividirse, á calificar esta guerra de muy atroz y ruinosa, y á no mirar ya á los franceses como autores del incendio de Moscou; en una palabra, sentíase minorar la cólera con su sangre tan copiosamente derramada. Por tanto, no se hubiera querido que se imposibilitara la paz de todo punto (1). Hasta los mismos enemigos de ella se dolían de la conducta observada respecto de Mr. de Lauristón por un motivo muy diverso. Comprendiendo perfectamente la situación de los franceses; conociendo el interés que había en retenerlos en Moscou, en esta Capua tan atractiva aun después de incendiada; temiendo que una ruptura tan inofensiva les trajera iracundos y resueltos sobre el ejército ruso, no reforzado todavía ni rehecho, se lamentaban de que al enviado de Napoleón se le hiciera tan mala acogida, y quisieron que se le buscara en cierto modo. El astuto Benningsen, que juntaba la sutileza á la audacia, trató de ver á Murat, habló con él, aprovechó su facilidad para arrancarle muy sensibles declaraciones, y manifestándole un deseo de paz que era fingido, le atrajo á explicar otro que era verdadero y hartó patente. Semejantes conexiones se verificaron casi espontáneamente en las avanzadas, entre oficiales de diversos grados, y establecióse una especie de armisticio de hecho, por cuya consecuencia se convino en que se recibiría al general Lauristón en el mismo cuartel del generalísimo ruso.

(1) El general Clausewitz en sus interesantes Memorias, llenas de imparcialidad y buen seso, dice formalmente que el cansancio se empezaba á hacer sentir en el ejército ruso; que era una fortuna que no estuviese allí el emperador Alejandro, pues quizá, coincidiendo sus disposiciones habitualmente pacíficas con las del ejército, se hubiera tratado con Napoleón y perdido la coyuntura de emancipar Alemania, que para el general Clausewitz, alemán y prusiano, era naturalmente el objeto esencial de la guerra. Este aserto, aunque exacto, no impide que hubiera también parte de cálculo en la acogida hecha á Mr. de Lauristón, según va á verse. Hubo á la vez astucia para engañar á los franceses, y algo de inclinación á la paz. Siempre los sentimientos de los hombres son más complejos que se imagina, lo cual hace difícilísimo señalarlos y reproducirlos en la justa medida de la verdad. (N. del A.)

Dirigióse, pues, Mr. de Lauristón adonde el príncipe Kutusoff se hallaba y tuvo con él muchas entrevistas. Tan dulces como valerosos, tan disimulados como violentos son los rusos, según el cálculo ó el ímpetu del momento. Ora por el deseo de la paz, ora por el desigmo de adormecer á los franceses, razones había para acoger bien á su representante, y además no costaba gran cosa á los generales rusos, á quienes es natural la cortesía, y á quienes Mr. de Lauristón inspiraba una estimación justa. El príncipe Kutusoff le habló largo tiempo, y respondió con discreción y dignidad á todas sus observaciones. Con motivo de las quejas contra el carácter dado á la guerra, le dijo que se aplicaba en todo cuanto le era posible á conservar el carácter de una guerra regular que se hacía entre naciones civilizadas, y que se lo conservaría dondequiera que lograra ser obedecido, pero que su voz no sería escuchada por los paisanos rusos, y que no era maravilla que un pueblo á quien los franceses llamaban bárbaro, no se pudiera civilizar en tres meses. Respecto de las justificaciones del general Lauristón sobre el incendio de Moscou, respondió que por su parte no echaba la culpa á los franceses, y que en su opinión el patriotismo moscovita era el único autor de este sacrificio, pero que más estimaban los rusos reducir su país á cenizas que entregárselo al enemigo. Sobre las insinuaciones de paz y aun de un armisticio, presentóse el príncipe Kutusoff como falto de poderes, y como obligado á ponerlo en conocimiento del soberano. Lo que propuso y se aceptó fué despachar su ayudante Wolkonsky á San Petersburgo, á fin de llevar las aberturas de Napoleón y traer la respuesta. Armisticio no era posible firmarlo, mas se convino en que cesaría el tiroteo sobre toda la línea de las avanzadas, no entendiéndose lo mismo respecto de las alas extremas de las dos huestes, y no impidiéndose tampoco las correrías de los cosacos, ni las de los franceses para hacer forrajes.

Aun cuando se prodigaban á Mr. de Lauristón las atenciones, no quiso permanecer en el campo de los rusos, como hubiera podido hacerlo un vencido que aguardase la paz que necesitaba, y volvió á Moscou para transmitir á Napoleón el pormenor de cuanto había visto y oído.

Aun cuando contase poco Napoleón con la paz después del acceso de rabia que había producido el incendio de Moscou, y sobre todo después de las aberturas infructuosas de que MM. Toutelmine y Jakowleff habían sido mediadores, creyó no obstante deber aguardar los diez ó doce días necesarios, según informes, para recibir contestación de San Petersburgo. Por vagas que fueran sus esperanzas de paz, no pudo menos de concebir algunas á pesar de todo, tan grande necesidad sentía de ella; y en todo caso no creía que la prolongación de residencia fuese tiempo perdido, pues le servía para rehacer sus tropas. Las gentes más acostumbradas al clima del país le afirmaban que las heladas no sobrevenían hasta mediados ó fines de noviembre. Un aplazamiento de diez ó doce días le llevaría á la mitad de octubre, y nada le inclinaba á creer que, partiendo del 15 al 18, lo ejecutara demasiado tarde. Entretanto se preparaba á todos los planes, así á retirarse sobre Esmolensko como á pasar el invierno en Moscou. A Murat encargóle que se mantuviera en observación

delante del campo de Taroutino, que diera allí descanso á sus tropas, alimentándolas lo mejor posible, y le envió víveres de los sacados de los sótanos de Moscou, en cuanto se lo permitían sus medios de transporte. Un nuevo movimiento prescribió hacia adelante, lo mismo á las tropas dejadas á la espalda que á los batallones de marcha destinados á cubrir las bajas de los varios cuerpos. Dispuso la formación de una división de quince mil hombres en Esmolensko, la cual debía avanzar sobre Jelnia, para que le alargara la mano si se dirigía á Kalouga. Al duque de Bellune previno que estuviera pronto para toda clase de movimientos. Asimismo ordenó que se enviaran á Moscou todos los hombres desbandados y recogidos en Wilna, Minks, Vitebsk y Esmolensko, no puestos en marcha hasta entonces por falta de armas que darles, á quienes se proponía armar con los numerosos fusiles hallados en el Kremlin; recomendando que se les hiciera ir entre convoyes capaces de protegerlos. Un reglamento redactó para estos convoyes, prohibiendo que se pusieran en camino á no tener mil quinientos hombres de infantería bien armados, independientemente de la caballería y la artillería que se pudieran agregar á ellos, y determinando de una manera expresa que acamparan en cuadro y con el comandante en el centro. Nuevamente veló para abastecer á costa de desembolsos todos los puestos del camino, y empezó á pensar en las evacuaciones de heridos. A Junot encargó que los dividiera en tres partes, una de los que pudieran marchar dentro de quince días, otra de los que necesitaran más tiempo, y otra, por último, de aquellos cuyo transporte se considerara imposible. Vedó ocuparse de los primeros que podían retirarse á pie, y de los últimos, á quienes era forzoso dejar morir donde se hallaban; dispuso la traslación de los otros hacia Wilna, ya valiéndose de carros del país, ya de los del tren de equipajes, de los cuales había hasta mil doscientos en Moscou, ascendiendo á doscientos los que á este objeto fueron destinados.

Bajo el supuesto de invemar en Moscou, porque, indeciso como estaba, no excluía Napoleón hipótesis alguna, emprendió en el Kremlin obras de defensa, hizo derruir los edificios pegados á este punto fuerte, erizó las torres de cañones, cubrió de tambores las puertas, fortificó algunos de los principales conventos de la ciudad destinados á almacenes, hacer con la pólvora hallada en el Kremlin cartuchos de fusil y de artillería, á fin de proporcionar á las seiscientas bocas de fuego del ejército dobles municiones, velar esmeradísima mente por el descubrimiento y la conservación de los géneros alimenticios, de modo que se proveyera á cada cuerpo de víveres para cinco ó seis meses, en pan, en sal, en bebidas espirituosas y en carne salada. Siendo siempre la dificultad principal el abastecimiento de forrajes, envió al príncipe Eugenio por el camino de Jaroslaw, al mariscal Ney por el de Wladimir, á distancia de doce ó quince leguas, para ocupar, pacificar y conservar una gran extensión de país, y proporcionarse en ella el alimento del ganado y de la caballería. Además procuró atraer á los campesinos, pagando al contado y á muy alto precio las legumbres, los forrajes y los víveres de toda especie. Hizo buscar á los sacerdotes griegos, y les obligó á abrir de nuevo las iglesias de Moscou, á celebrar allí el culto, y hasta á orar por su

soberano legítimo el emperador Alejandro. Finalmente, no para divertirse, pues no tenía necesidad de ello, sino para distraer á sus oficiales, y sobre todo para dar pan á pobres franceses, que ejercían el oficio de cómicos en Rusia, también dispuso que se volvieran á abrir los teatros, y rodeado de una brillante corte militar asistió á las representaciones dramáticas, que hacían poco antes las delicias de la nobleza rusa, esforzándose lo posible para resucitar el cadáver de la desventurada Moscou. Luego pasaba las noches en despachar los negocios administrativos de su imperio, que una estafeta, empleando desde París diez y ocho días, le llevaba muchas veces á la semana. En ocasiones le atraían á las ventanas del Kremlin de pronto columnas de humo

que se elevaban de vez en cuando del incendio que aún consumía á la ciudad sin ventura. Confiado, al hacer memoria de tantos peligros superados gloriosamente, triste cuando veía el abismo en que se había metido tan hondo, nada se pintaba en su rostro soberbio de sus agitaciones internas, porque ni un corazón había en torno suyo al cual quisiera exponer á la carga ominosa de sus confianzas. Así, tan pronto tranquilo como inquieto, pudiendo aún operar un prodigio después de haber dado cima á tantos, allí estaba dentro del antiguo palacio de los zares, en el solsticio de su pujanza, esto es, en aquella especie de tiempo indeterminado que separa la época de la mayor elevación y de la declinación de los astros.

LIBRO CUADRAGÉSIMO QUINTO

EL BEREZINA

Estado de los ánimos en San Petersburgo. — Entrevista del emperador Alejandro y del príncipe real de Suecia en Abo. — Plan de operaciones sobre la retaguardia del ejército francés temerariamente empeñado hasta Moscou. — Refuerzo de las tropas de Finlandia enviado al conde de Wittgenstein, y unión del ejército de Moldavia al ejército de Volhynia bajo las órdenes del almirante Tchitchakoff. — Órdenes expedidas á los generales rusos de marchar contra los ejércitos franceses que guardan el Dwina y el Dnieper, á fin de cerrarles toda retirada. — Mandato al general Kutusoff para que rechace toda negociación y vuelva á empezar las hostilidades lo más pronto posible. — Durante este tiempo, sin esperar mucho de la paz, se detiene Napoleón en Moscou por causa de su repugnancia á un movimiento retrógrado, que le debilitaría á los ojos de Europa é imposibilitaría todo trato. — Se inclina al proyecto de dejar en Moscou una fuerza considerable, yendo con el resto del ejército á establecerse á la rica provincia de Kalouga, desde donde alargaría la mano al mariscal Víctor, llevado de Esmolensko á Jelnia. — Mientras Napoleón se halla en tal incertidumbre, sorprende Kutusoff á Murat en Winkowo, después de proporcionar á sus tropas descanso y refuerzos. — Brillante combate en que Murat repara su incuria con su bizarría. — Irritado Napoleón marcha contra los rusos, á fin de castigarlos por esta sorpresa; abandona á Moscou, dejando á Mortier con diez mil hombres para guardar esta capital. — Partida de Moscou el 19 de octubre, después de haber permanecido allí treinta y cinco días. — Salida de esta capital. — Singular aspecto del ejército, arrastrando tras sí inmensa cantidad de bagajes. — Llegada á orillas del Pakra. — Ya en este punto concibe Napoleón súbito el proyecto de ocultar su marcha al ejército ruso, y de pasar, ofuscándole, del viejo al nuevo camino de Kalouga, y de llegar allí sin disparar un fusilazo y sin tener que trasladar gran número de heridos. — Órdenes para este movimiento que lleva consigo la evacuación definitiva de Moscou. — Advertido oportunamente el ejército ruso, se traslada á Malo-Jaroslawetz en el nuevo camino de Kalouga. — Sangrienta y gloriosa batalla de Jaroslawetz, dada por el ejército de Italia á parte del ejército ruso. — Lisonjeándose Napoleón de penetrar hasta Kalouga, deseaba persistir en su proyecto, pero el temor de una nueva batalla, la imposibilidad de llevar consigo nueve ó diez mil heridos, y las instancias de todos sus lugartenientes, le determinan á volver á tomar el camino de Esmolensko, ya seguido por el ejército al dirigirse á Moscou. — Resolución fatal. — Primeras lluvias y dificultades del camino. — Principio de tristeza en el ejército. — Penosa marcha sobre Mojaisk y Borodino. — Escasez que resulta del consumo de los víveres sacados de Moscou. — Atraviesa el ejército el campo de batalla del Moskowa. — Triste aspecto de este campo de batalla. — Se dan á perseguirnos los rusos. — Dificultades con que tropieza nuestra retaguardia fiada al mariscal Davout. — Sorpresas nocturnas de los cosacos. — Ruina de nuestra caballería. — Peligro que el príncipe Eugenio y el mariscal Davout corren en el desfiladero de Czarewo-Zaimitche. — Soldados que no pueden seguir al ejército por falta de víveres y de fuerzas para las marchas. — Formación hacia la retaguardia de una multitud de hombres desbandados. — Movimiento de los rusos para llegar antes que el ejército francés á Wiasma, mientras una fuerte retaguardia á las órdenes de Miloradowitch debe acometerle y quitarle sus rezagados. — Combate del mariscal Davout en Wiasma, á quien atacan de frente y por la espalda los rusos. — Sálvase este mariscal de un gran peligro, por virtud de su energía y del socorro del mariscal Ney. — Extenuado el primer cuerpo de resultados de las fatigas y penalidades sufridas, es reemplazado por el tercer cuerpo, encargado ya de cubrir á las órdenes del mariscal Ney la retirada. — Fríos repentinos y principios de padecimientos crueles. — Pérdida de caballos que no se pueden mantener sobre el hielo, y abandono de parte de los carros de artillería. — Llegada á Dorogobouga. — Tristeza de Napoleón y su inacción durante la retirada. — Noticias que recibe del movimiento de los rusos sobre su línea de comunicación y de la conspiración de Malet en París. — Origen y pormenores de esta conspiración. — Precipitada marcha de Napoleón sobre Esmolensko. — Desastre del príncipe Eugenio al paso del Vop, durante su marcha sobre Vitebsk. — Se incorpora al grande ejército en Esmolensko. — Al saber allí Napoleón que el mariscal Saint-Cyr se ha visto obligado á abandonar á Polotsk, que el príncipe de Schwartzemberg y el general Reynier se han dejado engañar por el almirante Tchitchakoff, el cual se adelanta sobre Minks, se apresura á llegar al Berezina, para librarse del peligro de ser envuelto. — Partida sucesiva de su ejército en tres columnas y encuentro del ejército ruso en Krasnoe. — Tres días de batalla en torno de Krasnoe y separación del cuerpo del mariscal Ney. — Marcha extraordinaria de éste para incorporarse al ejército. — Llegada de Napoleón á Orscha. — Sabe que Tchitchakoff y Wittgenstein se hallan próximos á juntarse á orillas del Berezina y á cortarles toda retirada. — Se apresura á llegar á las márgenes de este río. — Grave deliberación sobre la elección del punto por donde ha de pasarse. — En el momento en que se desesperaba de hallarlo, llega milagrosamente el general Corbineau, perseguido por los rusos, y descubre un punto por donde es posible pasar el Berezina hacia Studianka. — Todos los esfuerzos del ejército se dirigen sobre este punto. — Admirable decisión del general Eblé y del cuerpo de pontoneros. — El ejército emplea tres días en pasar el Berezina, y durante ellos pelea con el ejército que le ataca de frente para estorbarle el paso y con el que le acomete por la espalda para lanzarle sobre el Berezina. — Vigor de Napoleón, cuyo genio entero se despierta delante de este gran peligro. — Heroica lucha y espantosa escena junto á los puentes. — Salvado el ejército por milagro, se traslada á Smorgoni. — Ya allí, y después de reflexionar sobre las ventajas y los inconvenientes de su partida, se resuelve Napoleón á dejar clandestinamente el ejército para dirigirse á París. — Parte el 5 de diciembre en trineo, acompañado por Mr. de Lauristón, el mariscal Duroc, el conde de Lobau y el general Lefebvre-Desnoettes. — Después de su partida, la desorganización y el súbito aumento del frío consuman la ruina del ejército. — Evacuación de Wilna y llegada de los estados mayores á Königsberg sin un soldado. — Caracteres y resultados de la campaña de 1812. — Verdaderas causas de este inmenso desastre.

Mientras en Moscou acontecían estas cosas, retirado el emperador Alejandro en San Petersburgo, dedicaba á esta guerra sus días y sus noches, y aun cuando hubiese renunciado á ordenar las operaciones sobre el

terreno, se ocupaba en dirigir su conjunto, en preparar los recursos para llevarlas á cabo y en dilatar el círculo de ellas con sus alianzas.

Ya hemos dicho que se negó á tratar con los ingleses